

Cuando llegue para el Occidente el día de la lucha suprema, mirareis por todos lados al horizonte y llamareis: italianos, húngaros, romanos, venecianos, piamonteses, lombardos, moldavos, valacos, polacos, alemanes ¡oh! hermanos míos, socorred á vuestros hermanos! la solidaridad nos liga, esta es la mejor de las virtudes humanitarias. ¡Irrision! cada uno de ellos os mostrará, con un gesto de rabia, sus cadáveres y las heridas que les habeis hecho. Entonces os será preciso retirar apresuradamente vuestro cuchillo sangriento de los costados de la Italia para cubriros vosotros mismos; porque ese día estareis solos para vencer. ¡Esa será vuestra espacion!

No hay espectáculo mas cruel. He visto un gran pueblo que en medio de su sueño se ha dejado arrancar los principios que hacen su fuerza: en ese estado era semejante á Sanson, á quien sus enemigos habian cortado la cabellera.

¡Cómo el gigante que era el terror de los reyes, ha venido á quedar mas débil que un niño? Sus adversarios se burlaban de él como de un niño, ó mas bien, los niños lo conducian al muladar y lo cubrian de oprobio. ¡Ah! eres tú quien con una mano derribabas los tronos y destrozabas los ejércitos! ¡eres tú quien jugando, hacia una revolucion! ¡ahora que tu fuerza ha caido al golpe de la tijera, que tú mismo has entregado al secreto de tu poder, véamos pues, hermoso rey lo que sabes hacer!

Y así continuaban burlándose de él. Quisieron aun cegar lo pretendiendo ilustrarlo; ensayaron mil medios para sacarle los ojos y mantenerlo en tinieblas. Insensatos; que no veían que si el gigante se deja cegar, ellos mismos están perdidos, pues que en las tinieblas, sacudirá las dos columnas sobre las cuales todo subsiste y quedará con ellos encerrado bajo los escombros. Pero al contrario, si vigila porque no se ciegue en él el ojo de la conciencia, de la justicia, de la razon, en vez de destruirlo todo, levantará con sus fuertes manos (porque ya veo rena-

cer la cabellera del Sanson tonsurado) la morada en que deben habitar las tres hermanas, libertad, igualdad, fraternidad, que se hallan dispersas sobre la tierra.

III.

PROBLEMA SOCIAL Y RELIGIOSO.

SIENDO el catolicismo la religion nacional, ¿cómo establecer la libertad moderna sobre un principio religioso que la rechaza? Este problema es el fondo de la historia de Francia hace sesenta años; se encuentra en todo; puede establecerse en los mismos términos para cada uno de los elementos de la sociedad laica.

Porque es cierto que hoy al menos, la nacion francesa parece no querer renunciar ni á la religion católica ni á la libertad moderna; pretendemos mantener la primera con la tenacidad del hábito; la segunda con el entusiasmo de la novedad. Tal es la verdad práctica.

Esto es lo que para nosotros, complica el problema social de dificultades extraordinarias. ¿Cómo resolverlas? De nada sirve suprimir idealmente uno ú otro de estos elementos. Una vez mas la Francia quiere conservar dos contrarias.

Hé aquí la cuestion.

Supóngase que estalla un nuevo cambio; ó el catolicismo será perseguido ó se abrigará en la indiferencia. En el primer caso la persecucion servirá para reanimarlo; en el segundo se salvará por la indiferencia; en todos, sobrevivirá, pues que en medio de tantas tormentas no se descubre ningun sistema que se presente atrevidamente como su sucesor.

Conozco dos medios para que los pueblos puedan escapar de la ruina que trae consigo la declinacion de una religion nacional: el primero es hacer una revolucion religiosa, es decir, sustituir á una religion

envejecida, una religion nueva. Los alemanes, los rusos, los ingleses, los suecos, los americanos de los Estados-Unidos se han engrandecido por este sistema; pero nada indica que se entre en esta vía, y creo inútil insistir mas en ello.

El segundo medio, conveniente á los pueblos que ya no tienen fé positiva y que á causa de esto serian incapaces de reformar su creencia, es separar absolutamente la sociedad laica de la sociedad eclesiástica. Estos pueblos pueden salvarse así del naufragio, rompiendo el lazo que los ata políticamente á una Iglesia amenazada de perecer. Este medio, siempre inferior al primero, no puede ser eficaz sino á condicion de que la separacion sea absoluta; el menor lazo temporal que subsista puede ocasionar la ruina; porque lo que es declinacion para una Iglesia, se hace fácilmente caida irreparable para una nacion.

¿Cuántas nacionalidades vivientes no ha ahogado la Iglesia romana sin palidecer? Aunque declinando siempre puede aún continuar reinando por su propio aislamiento; en vez de que la nacion que declina es reemplazada al punto por otra que se engrandece en su lugar. Tal pueblo que cree no haber hecho mas que descender, ha desaparecido verdaderamente en el abismo cavado por su Iglesia.

De aquí es que el grito de salud de los Estados modernos católicos desde el abatimiento sucesivo de su sistema religioso, ha sido este: Separacion de la Iglesia y del Estado. Mirando que la gran nave amenazaba naufragar han cortado el cable.

Desgraciados de los que lo reanuden!

No considerando sino las cosas temporales, la condicion de los pueblos es, en efecto, muy diferente, segun que hallan conservado como base de la organizacion social el principio de la casta sacerdotal, ó que hayan escapado de este régimen. Un hombre célebre de nuestra época ha hecho un libro sobre la cuestion de saber: ¿Por qué la revolucion de Ingla-

terra ha tenido buen éxito? Yo temo que no haya omitido la causa que encierra todas las demas. La revolucion de Inglaterra ha tenido buen éxito, porque ha establecido un gobierno de libre discusion sobre el fundamento de una religion de libre examen. El principio político de la Inglaterra se ha confundido con su principio religioso; y esta unidad ha permitido á esa sociedad seguir una marcha regular. Lo mismo es todavia mas cierto respecto de los Estados-Unidos. Se repite de un modo general que el desarrollo de la democracia en América reposa en la religion. Pero una vez mas, ¿cuál religion? Esto es lo que seria preciso decir. Allí tambien, el principio de la vida política no es mas que una consecuencia del principio de la libertad religiosa propia de todas las sectas protestantes. Así se esplica la seguridad con que esa sociedad se lanza al porvenir. Marcha en línea recta hácia un fin al cual todo concurre, sectas religiosas y partidos políticos.

Preguntais en qué difieren las revoluciones de Inglaterra y de los Estados-Unidos de las revoluciones de Francia: la respuesta de esta pregunta está contenida en lo que precede.

Las revoluciones de Inglaterra y las de América del Norte se han identificado con el principio de la religion nacional. Una y otra se mueven en una órbita trazada por una religion positiva. Se sigue de aquí que esos Estados nunca avanzan tan lejos como la Francia; pero tambien hay ciertos límites de los cuales nunca pueden retroceder.

En una época en que la lógica de los principios se presentaba sin disfraz, Carlos II, Jacobo II de Inglaterra, católicos de corazon, se creían ligados por un compromiso de conciencia al absolutismo político como á una consecuencia necesaria de su fé.

Recíprocamente, el odio inveterado de la Inglaterra hácia el papismo no era solamente una fiebre religiosa, era un horror natural hácia el principio de

la servidumbre en un pueblo que trabajaba en fundar su libertad.

La Inglaterra aristocrática se ordena en el siglo XVII sobre el plan de la aristocracia de la Iglesia episcopal.

La democracia de los Estados-Unidos se ordena en el siglo XVIII sobre el principio de la democracia de la Iglesia presbiteriana. Estos dos Estados fundan su constitucion política sobre su constitucion religiosa.

Cuando en los países en que la religion descansa sobre el principio de la libertad de exámen vienen á emanciparse políticamente, la libertad queda como una cosa sagrada para todos los partidos: conserva en la política el carácter que le ha sido impreso por la religion.

En los países, al contrario, en que la libertad de exámen es proscrita por el principio religioso, la libertad política aun cuando esté consagrada por las constituciones escritas, es considerada durante mucho tiempo como una estrangera. Tiene yo no sé qué de sospechosa, se conoce en todas ocasiones que no es la hija legítima de la casa. La escepcion es tolerarla, la regla desconfiar de ella, porque conduce á la heregía; y sea que se la combata ó que se la sirva, hay siempre disposicion de considerarla como una concesion de que es preciso apresurarse á sacar provecho ó á emanciparse.

¿Quién no vé, pues, que el problema social reposa en Francia sobre datos enteramente diferentes de los de Inglaterra y los Estados-Unidos? Aquí la religion nacional está en plena contradiccion con la revolucion nacional: Una y otra se chocan directamente. Hé aquí por qué esta sociedad lleva en su seno una tempestad eterna; ni la revolucion puede amoldarse al principio católico, ni el principio católico puede amoldarse al principio de la revolucion. La guerra existe entre ellas por la naturaleza de las cosas.

De aquí resulta que la revolucion en Francia no está arreglada, ni gobernada, ni limitada por una religion ni por una secta cualquiera. Salida de las órbitas conocidas en el mundo civil, no puede medirse su marcha por la de ninguna Iglesia. La revolucion francesa es ella misma: su origen, su regla, su límite no se apoya sobre nadie; no procede mas que de sí misma; dice como Medea: “¡Yo sola y esto basta!” Forma cada dia su dogma en vez de modelarlo sobre un dogma anterior: ella misma ignora adónde se detendrá, porque ha pasado los límites de todas las creencias positivas. Estando mas allá de las columnas de Hércules del antiguo y del nuevo mundo, ningun Dios de ningun sacerdocio le ha dicho todavía: ¡De aquí no pasarás! Un pueblo cuya marcha se verifica regularmente, es aquel cuya vida política no es mas que el desarrollo de su religion nacional; pero si al contrario, sus instituciones políticas no derivan de sus instituciones religiosas, si entre las unas y las otras hay contradiccion, si para pasar de la gerarquía religiosa á la gerarquía política, es preciso cambiar de principio, la vida de este pueblo no es un desarrollo normal, sino una série de revoluciones. Y un orden de cosas semejante no puede cesar sino por uno ú otro de estos medios; sea que la religion nacional haga amoldar á su principio la constitucion política, sea que lo contrario se verifique, ó bien que una y otra se separen de modo que nada haya de comun entre ellas; solucion que intentada con frecuencia no ha sido todavía plenamente realizada en ninguna parte, y que, á pesar de las apariencias se halla rodeada de casi tantas dificultades como las otras dos.

La primera de estas soluciones ha sido la de la Italia. Mientras que el principio democrático ha persistido allí en las repúblicas, formaba una contradiccion con el principio absolutista de la religion á la cual pertenecia la Italia, y esta ha sido trabajada por una série continua de revoluciones. La Itali-

no ha podido encontrar reposo sino amoldando el principio de su constitucion política al principio de su constitucion religiosa, quiero decir, cambiando su libertad por la servidumbre y convirtiéndose en cadáver, *perinde ac cadáver*, lo que le ha probado bien durante tres siglos. Desde que ha comenzado á vivir de nuevo, cada movimiento, cada soplo provoca un sufrimiento intolerable. Estando todo organizado en ella para la muerte social, cada tentativa de vida moderna es una guerra declarada á la naturaleza de las cosas y una especie de crimen de lesa papado.

La segunda solucion parece deber ser la de la Rusia; el Czar haciéndose poco á poco el gran pontífice, y el principio político absorviendo cada día la religion griega.

La tercera solucion es la que intenta la Francia.

¿Qué es en sí la forma de autoridad consagrada entre nosotros por la religion nacional? El ideal de la autoridad católica constituida por el concilio de Trento, se resume en esto: La Iglesia es una monarquía; la soberanía reside en el gefe que la comunica á los inferiores, sin que las asambleas hayan tenido en realidad ninguna parte de soberanía efectiva desde hace tres siglos. ¿Cómo de esta sociedad religiosa podeis deducir la sociedad política de nuestros dias? Esto es evidentemente imposible.

¿Cómo de la monarquía religiosa deducir la república política? ¿Cómo de la soberanía absoluta del gefe de la religion deducir la soberanía igualmente absoluta del pueblo? ¿Cómo del absolutismo deducir la libertad? ¿Cómo del culto de la tradicion, el culto de la revolución? ¿Cómo de la eleccion del inferior por el superior deducir lógicamente todo lo contrario en el sufragio universal? ¿Cómo de la obediencia ciega deducir la libertad plena y entera de discusion? Tantas palabras que se chocan y destruyen mutuamente, todo viene á demostrar: Que entre la religion de la Francia y la política de la Francia hay una contradiccion absoluta.

Si la Francia no obedeciese mas que al principio católico, se arreglaría al modelo de la política sagrada de Bossuet, y se reposaría inmutablemente en el absolutismo. Si no obedeciese mas que á la atraccion de los principios filosóficos que la trabajan, seguiría en línea recta la direccion de la libertad moderna. Pero llevando en sí misma dos principios diferentes y como dos almas, se asemeja á los cuerpos que atraídos por muchas fuerzas divergentes, recorren una curva mas ó menos compuesta. Despues de los sesenta años que nos separan del principio de la revolucion, se puede calcular la especie de curva que sigue el cuerpo social, y hé aquí lo que la observacion establece con respecto á ese punto. La Francia está impulsada por un activo movimiento de libertad; pero una enorme potencia de servidumbre la arrastra al mismo tiempo, por su masa; de donde resulta que sus mas fieros arranques de independencia no conducen frecuentemente, mas que á hacerla gravitar hácia una violenta servidumbre.

Ved y juzgad. La Francia se lanza en 1789 y vá á caer en 1804 en la servidumbre del imperio. Emprénde de nuevo su movimiento liberal en 1820 y es para caer bajo el yugo de Carlos X. En 1830, nuevo arranque seguido de una nueva servidumbre bajo Luis Felipe. En 1848 el impulso hácia la libertad ha sido mayor que todos los precedentes; ¿el yugo que ha seguido no ha sobrepujado toda esperanza? Así, despues de un arranque de emancipacion, un periodo de servidumbre: tal es la ley que se percibe en el movimiento de la Francia desde que ha comenzado el curso de sus revoluciones.

Ciertamente, yo no estoy inquieto por la nueva desaparicion de vuestras libertades; yo sé bien que os emancipareis aun de todo lo que os embaraza hoy. Ya veo ese momento que se aproxima y lo saludo de antemano. Pero luego que esteis libres, ¿qué nueva servidumbre os forjareis? Hé aquí lo que me inquieta. . . . ¿Quién podrá decírmelo?

Para que esta sociedad pueda reposarse, sería necesario una ú otra de estas cosas: ó que el principio absolutista de su religion hiciese triunfar definitivamente el absolutismo en su política; ó que el principio democrático de su política hiciese penetrar la democracia y la revolucion en su religion. Pero como nadie piensa, segun me parece, sériamente en esta segunda proposicion; y la primera aunque siempre intentada, siempre ha fracasado, resultá de aquí que la Francia, trabajada, consumida en el interior por dos principios opuestos, no puede detenerse ni en la servidumbre ni en la libertad; pero que transportada ya de entusiasmo, ya de furor, por esta anarquía intestina, presenta al mundo, que no conoce su secreto, ó la maravilla ó el escándalo de contradicciones inesplicables; festejando hoy al Ser Supremo, aplastando mañana á un pueblo para restaurar al Papa; y yo temo que se engañan los que esperan ver, durante su vida, que la verdadera paz de los espíritus, se establezca en nuestra nacion. Porque yo no conozco seguridad alguna para los espíritus fuera de la lógica; y parece que nuestro país está constituido en términos de no poder gozar de reposo, si no que tiene que luchar en provecho del mundo. Dejemos á un lado esa falsa ilusion de un reposo que parece que nunca podremos obtener, pues que nosotros mismos rehusamos su primera condicion, obstinándonos mas que nunca en querer mezclar elementos contrarios. La Francia está enamorada de lo imposible. Esta pasion forma los héroes, pero no da la paz.

Ciñamos, pues, nuestras cinturas, porque esperamos la paz y la paz no vendrá. Hemos causado grandes males á pueblos que no nos habian hecho ninguno; y sea que reparemos estas iniquidades, sea que las espiemos, nada de esto puede hacerse permaneciendo en la inaccion.

Si el catolicismo hubiera sido vencido por la filosofía, ó recíprocamente, la Francia habria, como

otros pueblos, seguido pacíficamente su destino; pero la tierra no habria sido conmovida y rejuvenecida por los cataclismos que nacen de la guerra eterna de dos principios contrarios. La chispa está siempre dispuesta á salir por el choque de ellos para encender el volcán. Luego que uno de estos elementos se entorpece, el otro se despierta y grita á los oídos de la Francia: ¿Duermes entonces? es necesario levantarse de nuevo sobresaltado y conmover al globo por algun golpe imprevisto.

¿Cuánto tiempo durará esto? Tanto cuanto las dos potencias enemigas permanezcan una en frente de otra, sin poder vencerse ni una ni otra; y bien felices ó bien pueriles son los que en presencia de este duelo formidable del catolicismo y de la filosofía, esperan volverse á dormir tranquilamente en sus asientos. El combate de los dos luchadores los hará despertar hasta bajo la tierra. Esto sea dicho sin que haya necesidad de ser profeta.

Es chocándose contra el Dios Término como la Francia hace brotar de su frente esas esplosiones de la sabiduría divina; esas Minervas completamente armadas que despiertan, espantan, iluminan al mundo.

IV.

ILUSIONES.

Primera necesidad de la democracia para emanciparse: salir de la ilusion.

¿De qué sirve cegarse voluntariamente, no sobre el valor religioso de un dogma (porque esta ceguedad puede conducir á la salvacion), sino sobre las relaciones de este dogma con las cosas temporales y políticas? En sus creencias firmes, Bossuet, de Maistre, M. de Bonald, miraban la Iglesia de frente, y sin temor deducian de su dogma el absolutismo. En nuestros dias han venido hombres que, inciertos